

1

TRADICIONES
GRANADINAS

ESCRITAS EN VERSO

—
POR EL

R. P. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

DE LAS ESCUELAS PÍAS



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5
1891

2225

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: _____

Estante: _____

INDICIO: _____

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Al Excmo. Sr. D. Juan Facundo
Riáño, Senador del Reino por la
Universidad de Granada, homenaje
de su apeto. Cap.

Francisco Jimenez Compañía

TRADICIONES GRANADINAS

Granada 23 de Noviembre de 1892



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Indicador:

008 (1)

Al Excmo. Sr. D. Juan Facundo
Vizcarra, Senador del Reino por la
Universidad de Granada, homenaje
de su afecto. Cap.

Francisco Jimenez Campana

TRADICIONES GRANADINAS

Granada 23 de Noviembre de 1892



Biblioteca Universitaria

1912

C

19

H8(1)

R. 28 220

TRADICIONES
GRANADINAS

ESCRITAS EN VERSO

POR EL

R. P. FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

DE LAS ESCUELAS PÍAS



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5
1891

TRADUCTIONS

GRANDS ANNALES

DE LA SOCIÉTÉ DE L'HISTOIRE NATURELLE

DE LA FRANCE

PAR M. DE LAMOURGUE



1811

PARIS, CHEZ LA SOCIÉTÉ DE L'HISTOIRE NATURELLE

DE LA FRANCE, RUE DE LA HARPE, N. 10.

1811

1



EL LAUREL DE LA ZUBIA

TRADICIÓN GRANADINA.

Seguida de sus guerreros
Más diestros en las batallas,
La Reina Isabel Primera
Camina al rayar el alba.
Que como al afán la hiere
De llamar suya á Granada,
Gusta contemplar sus torres,
Por dar placer á sus ansias.
Vestido negro aprisiona
Y enaltece su arrogancia,
Y de las mangas perdidas
Briosa las manos saca.
Palafreneros la sirven,

Y sus hijos la acompañan ,
Y ella, en extremo donosa,
En níveo corcel cabalga.
Y aunque las tierras que pisa
Pecho á Castilla no pagan,
Y contra Aragón aprestan
Sus caballos y sus lanzas,
Con tal ánimo las cruza
Y las mira con tal calma,
Que en sus nobles pone olvido
De que aún resta conquistarlas.
Camino va de la Zubia,
Aldea puesta en las faldas
De los cerros que circuyen
La hermosa Sierra Nevada.
Y está la aldea tan cerca
De la ciudad de la Alhambra,
Como paloma, que bebe
Y alza el vuelo, de su banda.
De este pago en un balcón,
Donde airosas se entrelazan
Las azules campanillas
Y las verdes pasionarias,
Isabel con sus dos hijos
Dá hartura á su noble alma,
Con la vista deliciosa
De la ciudad mahometana;

Y envolviendo sus contornos
En la luz de la esperanza,
Ve que la ciudad se mueve
Y viene á besar su planta.
La fe que sus pasos guía
Engendra, enciende, levanta
Olas de sangre en su pecho
Que se encrespan y se amansan;
Y aunque el cuerpo tiene inmóvil
Sus pensamientos avanzan,
Y en la Torre de la Vela
La Cruz y su enseña clavan;
Y trae el viento á su oído
Como en confusas palabras
La bendición de los Reyes
Que lucharon por España.
Mas como es flor el placer
Que apenas nace se acaba,
Gritos de guerra asesinan
Aquellas dichas tan castas.
Son los moros, que atisbando
Desde sus altas murallas
El palafrén de la Reina,
De escasos nobles guardada,
Acuden, raudos halcones,
A teñir sus fieras garras
En presa que por segura



Dan desde sus atalayas.
La Reina Isabel cobija
A sus hijos, como el águila
A sus polluelos esconde
Debajo sus fuertes alas.
El Príncipe se embravece,
Y la Infanta Doña Juana,
Como loca que se irrita,
Mira el peligro que avanza;
Y los nobles aperciben
Sus limpias, invictas armas
Para el combate, sin miedo
A aquellas fuerzas dobladas.
Mas Isabel, que no gusta
De que el placer del Monarca
Sangre cueste á sus vasallos
Y á la patria cueste lágrimas,
Que excuse al Duque de Cádiz
La escaramuza le manda,
Mientras con sus hijos busca
Abrigo en una enramada.
Y en tanto que sus guerreros
Enfrenando están las ansias
De pelear con el moro,
Que les insulta y demanda,
Hasta que el valor se enfosca
Y la rienda dura tasca,

Y se cobra en recios tajos
Los insultos y amenazas;
En un bosque de laureles,
Do el aire prudente calla,
Y adonde Febo no asoma,
Aún más prudente, la cara,
Dobladas ambas rodillas
Sobre alfombras de esmeraldas,
Y levantando los brazos
En actitud de plegaria,
Está la Reina Isabela,
Ni serena, ni asustada,
Poniendo en manos del cielo
Su suerte en estas palabras:
— Dios eterno, fuerte escudo
De los que temen tu saña:
Tuya es la vida del reino
Y la vida del Monarca.
A tí acudo con mis hijos:
Si nos defiende tu espada
Y al Real volvemos seguros
De las corvas cimitarras,
Juro que aquí un monasterio
Haré á San Luis, Rey de Francia,
Cúya es la fiesta de hoy,
Apenas tome á Granada.—
Y entonces cuentan que el bosque

Del cielo tornóse estancia,
Cayendo sobre sus hojas
Encendidas cataratas
De luz clara y apacible,
Aun más que la luz del alba;
Y vióse orlado de estrellas
Al Santo de las Cruzadas,
Que con acento acordado,
Como las celestes arpas,
Así habló á Isabel Primera,
Enajenando su alma:
— Reina, los cielos te escudan
Y del peligro te guardan;
La media luna no temas;
De tu cetro será gala.
Eres del mundo querida,
Cuanto mi suerte llorada;
Tanto la dicha te encumbra,
Cuanto me honró tu desgracia.
Advierte, noble señora,
Que los laureles te amparan,
Formando de la victoria
Que te espera, la guirnalda.
Tuya es la ciudad moruna;
Tú das fin á la jornada
Que comenzó Don Pelayo
En la astúrica montaña. —

Esto dijo el Rey glorioso,
Y apenas de hablar acaba,
Desaparece, dejando
Triste el bosque, alegre el alma.
Y antes que de la sorpresa
Que la cautiva y embarga
Luengo espacio con misterios,
Ya del cielo, ya de España,
Vuelva Isabel anhelante,
Las enmarañadas ramas
De los laureles, con ímpetu
Por fuertes manos se apartan;
Son los Condes de Tendilla,
De Ureña, Escalona y Cabra,
Aguilar y otros guerreros,
Rayos de Marte en campaña,
Que alzándose las viseras
Y bajando las espadas
Le hacen medida, diciendo:
— Reina, vuestra es la batalla. —
Y dando gracias al cielo,
Por quien venciendo se salvan,
Sale del espeso bosque,
Y sus soldados la aclaman
Con un viva, que resuena
En los muros de la Alhambra,
Como triste vaticinio

De que el reino aquel se acaba.
Y luego sus caballeros
Presentan ante sus plantas
Mil cautivos, las primicias
De aquella abierta Granada;
Y los laureles se inclinan
Agitados por las auras,
Y con sus ramas coronan
A aquellas huestes bizarras.

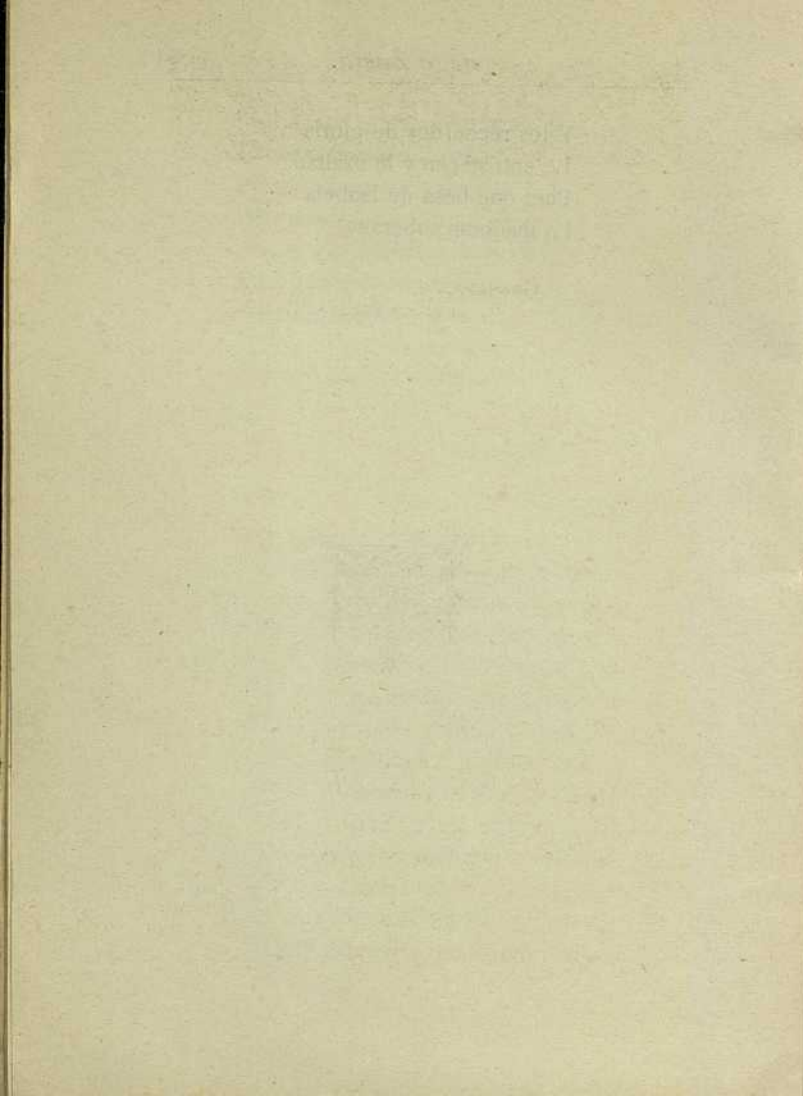


Hoy todo buen español
Que levanta una plegaria
En el templo que la Reina
Hizo al Santo Rey de Francia,
Y luego mira el laurel
Que la acogió entre sus ramas,
Siente que el alma le brinca
Y que del pecho se escapa,
Y al besar sus verdes hojas
Las lágrimas se le saltan,
Y le enmudece el respeto,
Y la alegría le traba,

Y los recuerdos de gloria
Le entristecen y le exaltan,
Pues que besa de Isabela
La diadema soberana.

GRANADA.







EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

I

Fiera indignación creciente
Arde en el Real de Castilla;
Rugen los nobles y el Rey
Arruga su veste rica.
Sobre los raudos corceles,
Con acicate y sin bridas,
Vuelan Córdoba y Pulgar,
Y Guzmanes y Tendillas;
Porque Tarfe el valeroso,
El arrogante en la liza,
El campeador más bizarro
De la Vega Granadina,
En la tienda de Isabel
Lanzó con mano atrevida

Dardo certero, que tiembla
Ostentando verde cinta.
Verde cinta que su mora
Zaida, la apuesta y la linda,
Por un ajimez le echara
Y él recogiera en su pica.
Nubes de polvo en la Vega
Y en el Real nubes de ira
El viento de la venganza
Levanta y arremolina.
Y á trechos lucientes cotas
Y espadas y cascos brillan;
Piafan los fieros brutos,
Los nobles ¡guerra! apellidan,
Y entre el polvo, que el sol dora,
Sólo á veces se divisan
Las plumas de las cimeras
De rojas y verdes tintas;
Y parece que los aires
Sus mismas aves envían
Contra el moro, que va huyendo
Medroso de su osadía.
Ya lo alcanzan; ya á su oído
Suenan claras y distintas
Voces de reto y de enojo,
Que cual flechas le acribillan.
— ¡Cobarde! — Pulgar le llama;

— ¡Traidor! — Gonzalo le grita;
— ¡Perro que ladras y huyes! —
Brama el Conde de Tendilla;
Y el Duque de Cádiz ruge:
— Ponce de León te cita;
Ven, que es justo que hoy á Zaida
Vuelvas roja la divisa. —
Ya es suyo; ya el resoplido
De los corceles que aguijan
Con las voces belicosas
A su oído se avecinan;
Mientras en el Real los ojos
De los guardias y méninas
De la Reina, con relámpagos
De gozo, cantan su dicha.
Mas fué en vano; que en Granada
Entróse Tarfe de prisa
Y cerró sus férreas hojas
La vieja puerta de Elvira.
Sombras de rabia y de encono
Ennegrecieron la vista
De los fuertes paladines
De la Reina de Castilla.
Se hizo noche á su venganza,
Y entróse en Granada el día,
Y entre nieblas de coraje
Al Real tornaron la brida.

Mudo de enojo y con calma
Que más delata su ira,
Pues parece estatua hermosa
Que labrara el mismo Fidias;
Puestos los ojos azules,
Pregoneros de desdichas,
En los ricos alminares
De la moruna mezquita;
Y en la cruz de su tizona
La mano invencible fija;
León en lo apuesto y bravo
Nacido en la ardiente Libia,
Pulgar el de las hazañas
En la más ardua medita,
Que jamás vieron los siglos,
Ni osó fraguar la mentira.
Y lo que piensa lo jura
Con la voz ensordecida,
Como los truenos lejanos
De la tormenta vecina.
Y los nobles, que lo escuchan
Enardecidos, se obligan
A cumplir su juramento
En empresa peregrina.
Y luego con dura saña
Los nobles brutos castigan,
Revolviéndolos airados,

Y al Real cristiano los guían,
Mientras se nublan de moros
Las murallas granadinas
Y las flechas á millares
Volando, á su oído silban.

II

Negra cerrazón envuelve
En sombras densas á Alhama
Y en su muda fortaleza
No relumbran las adargas;
El sueño rinde al soldado
Que atisba en las atalayas
Y tienta al membrudo alferéz,
Que cabecea á las ascuas.
Por las calles silenciosas
Sólo el viento leve pasa;
No hay un doncel en las rejas,
Ni se queja una guitarra.
Sólo un jinete brioso
Parado espera en la plaza
Y su corcel de impaciencia
Pega recias manotadas.



Y en tanto las vastas nubes
Ni se ahuyentan ni se rasgan,
Ni se barrunta la gente
Que airado el jinete aguarda.
— ¿Quién va? dijo al fin, oyendo
De otro corcel las pisadas.
— Tristán — una voz repuso.
— ¿Y los otros?

— Poco tardan.

— Mucho tardan, y la noche
¡Vive Dios! que va bien alta.
— Ya se acercan.

— Ya era hora;

Que presto rayará el alba;
Y mientras más se avecina
Más se afana mi esperanza,
Porque no se lleve el aire
Juramentos y palabras.
Servicios del Rey pusieron
Fuertes grillos á mis ansias;
Mas ya servido está el Rey
Y sin servir nuestra fama. —
Callóse y quince jinetes
Metidos en sus corazas
Se acercaron saludándole;
Mas él les rugió: — á Granada. —
Y torciendo por callejas

Aquella hueste bizarra,
Iban espantando el sueño
Y despertando el alarma.
Con un chirrido de buho
Se abrió lenta una ventana,
Vieja ó buho apareciéndose
Curiosa y despeluznada.
La luz de su candilejo
Hirió temblando las armas
Del garzón que va delante,
Dándole el lleno en la cara.
Alta la férrea visera
Rostro hidalgo se destaca
De ojos garzos, que echan chispas,
Y de breve y blonda barba.
De aguerrido continente
Robusto el pecho levanta,
Donde tiene el heroísmo
Cristiano su propia casa.
Con diestra mano gobierna
El bridón en que cabalga,
Y lleva el cuento en la cuja
Pulgar el de las hazañas.
Reconociólo la vieja,
Que harto común es su fama,
Y mientras cierra el postigo
Dijo chillona y enfática:

— ¿Con Pulgar ir los hidalgos?
Con alfileres pegada
A fe lleváis la cabeza
En arriesgada demanda. —
Bajó Pulgar la visera;
Pidióle al viento sus alas;
Picó de espuela al caballo;
Dejóle las riendas francas;
Y seguido de los suyos
Salió de la fuerte Alhama,
Como una tormenta ronca,
Que entre las sombras avanza.
No hay valladar que no brinquen,
Ni ancho arroyo, ni honda zanja,
Que no salven los bridones
Sin dejar su marcha rauda.
Las plumas del capacete,
Que al aire ondulan gallardas,
En la indómita carrera
Van quedando entre las zarzas.
Mas no se quedan los ímpetus,
Que en el corazón se arraigan
Y van creciendo á medida
Que es más difícil la marcha;
Hasta que la luz del día
Los sorprende y los ataja,
Como un aviso del cielo,

Como un conjuro de maga.
En un paraje sombrío
Buscan agreste posada;
Porque en el tiempo de guerra
No sólo el malo se guarda.
Y allí el breñal agrio y áspero
Que habitan las alimañas,
Tal oculta su heroísmo,
Como el pedernal la llama.
Por fin la noche sombría
Viene cual clara esperanza,
Y entre las nieblas envueltos
Siguen su carrera rápida.
Ya las sombras de los muros
De la morisca Granada
En su propio seno esconden
A aquella hueste cristiana.
Riberas del Darro arriba
Pulgar silencioso avanza
Hasta dar con los estribos
De la *Puente de la Paja*.
Y allí, dejando el overo
Y seis valientes de guardia,
Con el resto fué avanzando,
Apercibidas las armas;
Y saltando unas acequias,
Dentro la ciudad se hallan,

Discurriendo por sus calles,
Negras cuevas de ira y saña.
Ante tan grande heroísmo
Nimiedades son las fábulas
De los trabajos de Hércules
Y los fuertes Argonautas.
Mil torres hay que no duermen
Y ojos tienen sus murallas;
Una guerra que autoriza
Las más crudas represalias;
Un riesgo en cada latido;
Una muerte en cada casa
Y cien mil odios que afilan
Las cuchillas de sus lanzas.
Mas los peligros que el miedo
Despeluzna y agiganta,
El valor los ve mezquinos
Y el héroe vanos fantasmas.
Con alientos más briosos
Cuanto el riesgo más se agrava,
Llegan á la gran Mezquita,
Que altos alminares alza.
Pulgar, allí arrodillado,
Desnuda su fuerte daga,
Y al cielo alzando los ojos
Y con los ojos el alma,
Dijo:— Madre de Dios vivo,

Que nos acorres y guardas
Y nos llevas al combate,
Siendo tú la capitana;
Tu dulce Nombre, que triunfa
De las corvas cimitarras
Contrarias á tu pureza,
Mi fuerte mano aquí clava.
Todo á tu nombre se humilla:
El mar besando la playa;
El monte en ondas de fuego;
El torrente en cataratas;
Y contra el hostil alarbe
Aun hoy tu victoria cantan
Las breñas de Covadonga
Y los campos de las Navas.
Triunfe aquí también glorioso,
Para que diga la patria:
Toda España por María,
Pues por María es Granada.
Y esto diciendo, en las puertas
Clavó sobre férreas chapas
Aquel *Ave* peregrino
Que siempre victoria alcanza.
— Bien haya tu fuerte mano,
Pulgar el de las hazañas,
Que hoy limpia el rostro á la Iberia
Del deshonor de la Cava.

No incendies con tardo fuego
La Alcaicería cercana;
Dispersa esa ronda mora
A tajos y á cuchilladas;
Arroja esa tea inútil,
Cabalga presto, cabalga,
Que despierta la pantera
Y estás metido en su jaula.
Ya estás libre..... ¿Oyes los gritos
Que la altiva ciudad lanza?
Es que el fuego de los cielos
Está ardiendo en sus entrañas.

III

Solo vengo y solo os reto;
Salid, cristianos, del Real;
Porque en la anchurosa Vega,
Sólo hay un moro y no más.
Salid de vuestro escondrijo;
Que si no, habré de juzgar
Que sois tímidas palomas
Medrosas del gavilán.
En las sombras de la noche
Se ocultó vuestro Pulgar

Por clavar en la mezquita
Con el *Ave* su puñal.
Y yo os busco en pleno día,
Que no huye al sol la faz
Sino el que es bravo en las sombras
Y cobarde al clarear.
Siempre el sol vió mis hazañas,
Y de ello siente un afán,
Que hoy, por verme en el combate
Mira con más claridad.
Salid, cristianos, que os reto;
Que hoy el sol ha de cegar
A las chispas que á las cotas
Arranque mi yagatán.
Sangre del bravo Almanzor
Esfuerzo á mi pecho dá,
Y os miro cual grajos viles,
Que espanta el águila real.
Venid, porque de estas luchas
Gusta vuestra reina audaz,
Y hoy puede ver más combates
Que da rugidos el mar.
Desde la nocturna hazaña
Me abrasa cólera tal,
Que mi aliento está encendido,
Pues es mi pecho un volcán.
Salga Tendilla y afile

Su templada lanza más;
Porque son sus hierros cera
O es mi pecho pedernal.
Salga brioso y apuesto
El esforzado Aguilar;
Salga un Guzmán, que mi alfanje
Bebe sangre de Guzmán;
Venga Gonzalo de Córdoba
Y traiga al mismo Pulgar
En su ayuda de escudero,
Porque solo vendrá mal.
Y el osado *Ave Maria*
Miren bien en dónde vá,
Porque humillado lo lleva
La cola de mi alazán.
«Solo vengo, y solo os reto;
»Salid, cristianos, del Real;
»Porque en la anchurosa Vega
»Sólo hay un moro y no más.» —
Esto dice á grandes voces,
Y con brioso ademán
El moro Tarfe, que vierte
Rabiosa espuma al hablar,
Y arrojando con coraje
De fiero reto en señal
Pesada y férrea manopla,
Pónese altivo á esperar.

IV

Conteniendo está Fernando
A sus bravos caballeros,
Porque desprecien y esquiven
Al moro Tarfe soberbio;
Pues quiere guardar sus bríos
Para el asalto postrero,
Sabido que se malgastan
En atrevidos empeños.
Y los fuertes paladines,
Escuchando sus consejos,
Muy mal reprimen la cólera,
Pues no desfruncen el ceño.
Aún habla el Rey á los suyos,
Que le escuchan en silencio
De su lealtad á porfía
Y de su rabia á despecho;
Y los amigos de hazañas
Y peregrinos sucesos
Sienten de Pulgar la ausencia,
Que cumple un mandato regio;
Cuando hizo mesura al Rey

Hermosísimo mancebo,
Tan mozo, que aún no sombrea
Su rostro apacible el vello.
Su cabellera en cascadas
De rizos de oro cayendo
Sobre la fina gorguera,
Adorna su níveo cuello.
Brillan sus ojos azules
Con el furor de los cielos
Irritados, y se muestra
Como un leoncillo suelto.
—Señor—le dice á Fernando —
Si me dais licencia, puedo
Alcanzar en lid honrada
Mi espuela de caballero.
Dejad que castigue á Tarfe;
Pues va conmigo el denuedo
Que me hierve por las venas
Y heredé de mis abuelos.
Dejad que el *Ave Maria*
Rescate del agareno;
Que no es bien que el cielo ande
A las plantas del infierno.
No mirad mis pocos años,
Pues me sobra el ardimiento,
Y el que por su Dios batalla
Lleva el valor de escudero. —

— Garcilaso, Garcilaso —
Díjole el Rey al mancebo:
—El mi paje más querido
Y el de más atrevimientos;
Tu noble padre al morir
A mí te encargó pequeño,
Y no quiero que tu padre
Me reclame al hijo muerto.
Calma la impaciencia loca;
Que son tus años muy tiernos,
Y no pueden con la lanza,
Y con Tarfe y lanza menos.—
Levantóse taciturno
El pajecico hechicero
Entre aplausos de los bravos
Y advertencias de los buenos.
Alejóse melancólico
Solo con sus pensamientos,
Dejando asombro su audacia
Entre los soldados viejos;
Y estándose en comentarios
Del peregrino suceso,
Sobre si fueron palabras
Que lleva el liviano viento,
Ó asomos de valentía
Demostrada en campo abierto;
Si el Rey su venia otorgara

Y no fuera tan severo,
Óyese el trote sonoro
De hermoso corcel intrépido
Hacia la Vega marchando,
Como un venablo ligero.
Avisaron de la nueva
Del corcel los pasos secos
Al aguerrido soldado,
El soldado al escudero,
El escudero al magnate
Y el magnate descompuesto
Al Rey, que corrió á los muros
Por la inobediencia trémulo.
Ya va á fulminar palabras
De castigo, de ira ciego,
Contra el osado que huella,
Sin temor, su real precepto;
Cuando mira las espadas
Del cristiano caballero
Y del arrogante moro
Como rayos reluciendo;
Y observa cómo se buscan,
Cómo hacen falso el encuentro
Y cómo sobre el escudo
Choca y retiñe el acero.
— Buen revés.

— Mejor parado.

— Brava estocada.

— Dió al viento.

— Huye el alfanje.

— Lo huye.

— ¿Y ese tajo?

— Recio y bueno.

— ¿Quién cayó?

— Tarfe.

— El cristiano.

— El cristiano está derecho,

Y la cabeza del moro

Nos enseña por trofeo.

— ¡Viva el paladín invicto!

— ¡De laurel sembradle el suelo!

— ¡Ya triunfó el *Ave Maria*

Y el Rey desarruga el ceño!—

Esto gritan los soldados,

Mientras se escucha el acento

De timbales y clarines

La victoria repitiendo.

Y en todo el Real se levanta,

Como una nube de incienso,

Como una tromba de gloria

Un ¡vitor! que sube al cielo.

Y entre semblantes alegres

Llegó el vencedor apuesto

A la cámara del Rey,

Ni tranquilo, ni altanero.
Y una rodilla doblando
Con humilde acatamiento,
Mientras del *Ave Maria*
Alza en la pica el letrero,
Que sobre un mar de corazas
Semeja el faro del puerto;
Muestra cárdena y sangrienta,
Y de temeroso aspecto,
La cabeza del alarbe
Asida por los cabellos.
—¡Perdón! exclamó temblando, —
Perdón por mi atrevimiento.
—Y los brazos,—dijo el Rey—
Al mejor de mis guerreros.
Alzó la férrea celada
Agradecido y sereno
El paladín, de sorpresa
Henchiendo todos los pechos.
Era el joven Garcilaso,
Que dió fin glorioso al reto,
Saliendo al campo vestido
Del mismo Rey con pertrechos.
Dióle el parabién la Reina,
Y sobre su escudo terso
Puso el mote peregrino,
Y el Rey le armó caballero.

Mas él, el invicto brazo
Al claro mote extendiendo,
Como al sepulcro de Cristo
El cruzado Godofredo,
A los vítores contesta:
— De María es el esfuerzo.

V Y ÚLTIMO.

Era el dos del mes de Enero,
Hermoso y riente día,
Que Mayo orlado de galas
Miró con amarga envidia.
La media luna se amengua
Y se pierde y se aniquila;
Pues ya está ardiendo en Granada
El sol de la Reconquista.
Las huestes cristianas llegan
Del Genil á las orillas
Con atavíos de triunfo;
Que está la ciudad rendida.
Y mientras canta la gloria
En las tropas de Castilla
Y los pechos se alborozan

Y ríen las alegrías,
Una nube de tristeza
Sobre la Alhambra se inclina
Y baja lloviendo lágrimas,
Heraldos de las desdichas.
Es Boabdil, ya sin corona,
Que en yegua como la endrina
Viene escoltado de penas
Y negras melancolías;
Pues lentamente le sigue
Su triste corte vencida,
Moraima dulce y sus hijos.
Y torva su madre Aixa.
Cuando con sombríos ojos
A nuestros Reyes divisa,
El *Zogoibi* reverente
Quiere bajar de la silla.
Y bajárase hasta el suelo,
Pero hay quien se lo impida;
Que al Rey cristiano no placen
Las reverencias que humillan.
— Tuyo somos, Rey excelso,
Nuestra patria y nuestras vidas: —
Dice el moro, y sus palabras
Son las penas que suspiran.
— Tuyo es mi trono y mi cetro
Y es mi Alhambra tu cautiva:

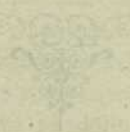
Toma de este paraíso
Las llaves apetecidas.
Aláh es grande y Él lo quiere:
Mi lamentable ruína
Con caracteres de estrellas
En el cielo estaba escrita. —
Dijo, y el pesar ahogando
La yegua veloz castiga,
Que partió como una flecha
Corriendo loca y bravía.
Y allá de la sierra abrupta
En la enhiesta y blanca sima
Do el Rey Mulhacem reposa
Según tradición antigua,
Parece que el Rey levanta
La noble cabeza altiva
Y al ver á Boabdil huyendo,
Maldiciente lo acrimina.
Perdióse como una sombra
La alárabe comitiva;
Y las vencedoras huestes
Harto impacientes se agitan.
Que el gran Cardenal Mendoza
Con el Conde de Tendilla
Partieron para la Alhambra
É Isabel está intranquila;
Porque las morunas torres

Se ven solas y sombrías
Y no asoman las banderas,
Pregonando nuestra dicha.
Por fin, como estrella hermosa,
Que al marino salva y guía,
En la torre de la Vela
La Cruz redentora brilla;
Y el pendón de Santiago
Y los heraldos que gritan:
—Que Granada es por los reyes
De Aragón y de Castilla.—
Y el ronco cañón retumba,
Y el corcel piafando brinca,
Y timbales y clarines
Del triunfo glorioso avisan;
Y los Reyes y sus huestes
Van cayendo de rodillas
Y levantan á los cielos
Las manos agradecidas.
Y en las tumbas de los héroes
Que dieron la noble vida
Por su Dios y por su España,
Se alborozan las cenizas.
Y en medio de la ventura
Y no soñada alegría,
Hernán Pérez del Pulgar
Al buen Garcilaso mira,

Y le dice señalando
A la Cruz que se alza altiva:
—Este sí que es verdadero
Triunfo del Ave Maria.—



1875





EL SANTO CRISTO DE LAS AZUCENAS

TRADICIÓN GRANADINA

I

BATALLAS

Muy mal herido de amores
Anda Don Pedro Avendaño,
Perdido á los devancos
Y por Doña Luz hallado.
Que es Doña Luz una dama
Tan hermosa como un astro,
Y pura como la nieve
Que cubre los montes altos.
Sus ojos de fuego intenso
No alientan los desacatos;
Ni desdeñan, si cautivan,

Ni se vengan, desdeñados.
Las auras de primavera
Veinte veces deshojaron
Sobre sus sedosas trenzas
Las rosas del mes de Mayo.
Con un amor exclusivo,
Único, sencillo, casto,
Con amor que purifica
Quiere á Don Pedro Avendaño.
Por ella á los amoríos,
Fiel Don Pedro, dió de mano
Y contra el vicio rastrero
Su amor puso por resguardo.
Como quien aguarda un cable
En la tabla del naufragio,
Del padre de Doña Luz
Está la vuelta esperando.
Que mientras Don Gil Valbuena
En Orán da recios tajos,
Con su amor y sus pasiones
Está Don Pedro luchando.
Y en las noches tenebrosas
Ya no es su espada el relámpago
Que brilla, estremece y ciega
Y que mata como el rayo.
Duermen ó rezan las dueñas
Sin miedo á citas ni raptos,

Mientras las damas, que guardan,
Velan con celos amargos.
Se hacen bravas las patrullas,
Que ya no temen su brazo,
Y enamoran los donceles
Sin pesados sobresaltos.
Todo anda en paz; mas' la guerra,
A que su amor puso cabo,
Arde dentro de su pecho,
Sostenida por dos bandos.
De la una parte combaten
Dos ojos negros y castos,
Que le miran candorosos,
Que le riñen siempre mansos;
Y una boca, flor abierta,
De cuyos purpúreos labios
Salen consejos prudentes,
En vez de besos y halagos.
De la otra parte sostienen
La lucha dulces abrazos,
Celos, que al abismo empujan,
Protestas, sonrisas, llantos,
Riñas en que dos victorias
Alcanza su fuerte mano,
Codicia de otros placeres,
La sed perenne de Tántalo.
Fiera es la lucha: los vicios

Sin freno, que el rostro blando
Traen de mujer tentadora
De noble linaje y rango,
Llaman hipócrita imbécil
Al pudor honesto y cándido
De Doña Luz, que ni aun osa,
Por verlas, alzar los párpados.
De las pasiones briosas
Sintiendo el fuego Avendaño,
Acosado por las flechas,
Con que el vicio hace disparos;
Loco, delirante, ciego,
La calma encontrar juzgando
Y el remedio á aquellos males,
Pide á Doña Luz halagos.
Y ella, sintiendo del miedo
El frío sudor helado,
Le niega aquellas caricias,
Consigo misma luchando;
Porque es cristiana y no quiere
Su cariño hacer bastardo,
De los vedados placeres
Arrastrándolo en el fango.
Hosco Don Pedro, la espalda
Le vuelve desatentado,
Y en pos de los vicios corre,
Que abriéndole están los brazos.

Mas luego su amor inmenso
Por Doña Luz, soberano
De su corazón, le rinde
Y á sus pies le torna manso.
Así el león, por los hierros
De su cadena apresado,
Con ímpetu fuerte salta,
Ciego creyéndose en salvo,
Y corre oyendo el rugido
De las hienas y leopardos,
Hasta que el hierro le avisa
Que no es libre, sino esclavo.

II

LA TENTACIÓN

Entristecida y llorosa
Y en desmayo la esperanza,
En la soledad de un *carmen*
Doña Luz cuenta sus ansias.
Feneció la noche lóbrega
Y al campo sonrte el alba;
Acabó el invierno y luce
La primavera sus galas.

Sólo no mueren sus penas;
Sólo su ventura tarda;
Porque su padre no vuelve
Y torvo Don Pedro anda.
Como dichas de la vida
Renacen las flores gayas,
Mas sus dulces ilusiones
Mustias el dolor arrastra.
Las hondas penas le dejan
Flacas las fuerzas del alma,
Y su pasión cobra aliento
Material y se agiganta.
Como encubiertos espías
En ciudad circunvalada,
Otras nuevas ilusiones
De extrañas cosas le hablan;
Y observan si sus virtudes
Fuertes son como murallas,
Y si el pesar enmohece
Del noble pudor las armas.
Confuso, incierto, medroso
Su pensamiento divaga,
Y las ideas informes
Discurren como fantasmas.
En alas de los deseos,
Plañideras y apenadas
Cuitas de Don Pedro llegan,

Enterneciendo su alma.
Luego entre la sombra oscura
De las penas, se destaca
La hermosa faz de su amado,
Llorosa, anhelante, pálida.
Y va surgiendo, surgiendo
Del mar de sus negras ansias
De Avendaño la figura
De gentileza bizarra.
Amor brilla en sus pupilas,
Ardientes son sus palabras,
Los brazos abre..... y un grito
Doña Luz del pecho arranca.
Y como el que se despierta
De pesadilla extremada
Y, el corazón palpitante,
Mirando las sombras vaga;
Así, llena de zozobra,
En la tentación repara
Y, libre del riesgo, esquiva
A aquella sombra la cara.
Nevada como su seno,
Como su talle gallarda,
Como su aliento olorosa,
Como su cariño cándida,
Del viento, que la enamora,
Estremecida, arrullada,

Una azucena contempla
Doña Luz, que la retrata.
Y en ella la imagen viendo
De su candorosa alma,
Como en el cristal del río
Su rostro ven las zagalas;
Iluminados sus ojos
Por la luz de la esperanza,
Como á cariñosa amiga
A la azucena le habla:
— Flor de mis penas testigo
Y bañada con mis lágrimas;
Fragante copo de nieve;
Azucena delicada;
Virgen que á Mayo enloqueces;
Cáliz, donde se embriaga;
Riesgo corre tu hermosura
En mi carmen, solitaria.
Ven á esparcir tus perfumes
Y á ostentar tus ricas galas
Del Hacedor de este mundo
Ante una imagen sagrada;
Que así en el cielo los ángeles,
Cantando sus alabanzas,
Llenan los celestes ámbitos
De las notas de sus arpas.
Ven, porque contigo quiero

Dejar la flor de mi alma,
Hasta que mi padre vuelva,
De un altar sobre las aras.
Dios tendrá allí mi pureza
De Don Pedro custodiada,
Como con vallas de arena
Del mar las iras quebranta. —
Y esto Doña Luz diciendo,
Cortó la azucena cándida;
Y el rostro de ángel velando
Con tocas negras y amplias,
Con Doña Guiomar, su dueña,
Salió, donosa tapada,
Con lágrimas en los ojos
Y la victoria en el alma.

•

III

DUDAS

Iba la noche tendiendo
Su manto de pardas nieblas
Sobre la luz del crepúsculo,
Que ya moribunda tiembla;
Y un apuesto caballero,

Que calza dorada espuela,
Del alto Albaicín cruzaba
Las enredadas callejas.
Su estoque de guardamano
Miran los bravos; las dueñas
Su semblante, y su apostura
Las temerosas doncellas.
Y su figura bizarra,
Al perderse en las revueltas,
Dulces miradas y envidias
Y maldiciones se lleva.
Mas él no escucha el murmullo
Que levanta su presencia,
Y sigue su marcha impávido
Como una estatua de piedra.
Y cuando la tarde espira
Y las sombras se condensan,
Ante una casa moruna
Párase, silba y espera.
Casablanca ó Daralbayda
Lleva esta morada regia
Por nombre, si son verídicas
Las tradiciones añejas.
Y á pesar de sus techumbres
Ensambladas, sus cenefas
Y sus doradas paredes
De hojas y nexos cubiertas,

Su gracioso alicatado,
Sus motes de árabes letras
Y sus ricos ajimeces,
Un cristiano vive en ella.
Cristiano, que aquel harén
Tornólo cuasi en iglesia,
La cruz sagrada de Cristo
Levantando por doquiera;
Y que trocó el alboroto
De las zambras deshonestas
Por las ardientes plegarias
Con que á Dios se reverencia.
Porque es noble y es cristiano
Añejo Don Gil Valbuena,
Desde el terso capacete
Hasta la acerada espuela.
Mas si en las regias estancias
De esta asiática vivienda
Es Doña Luz la que mora,
Avendaño es quien la espera.
Los pasos acelerados;
Las puertas, que abren ó cierran;
Algún pájaro, que busca
De aquellos muros las grietas;
El viento que gime vago.....
Todo en su pecho resuena
Con la voz de la esperanza,

Al alma poniendo alerta.
Mas en vano; nadie asoma
Por aquella obscura reja
A hacer día de su noche,
Y Don Pedro se impacienta.
Nueva esperanza en su pecho
El amor inmenso crea,
Y en la marcha de la luna
Pone el término á sus penas.
Mas la luna por el cielo
Camina plácida y lenta,
Se esconde entre pardas nubes
Y deja en sombras la tierra.
Torna á aparecer de nuevo;
Blancos celajes ahuyenta;
Pero Doña Luz no viene
Y el galán se desespera.
En el mar de sus amores
Esta ciega calma eterna
Pone miedo en su alma altiva
Y negras dudas le asedian.
¡Si matando su esperanza
Y desdeñando sus penas,
Doña Luz habrá escogido
La soledad de una celda!
¡Si el aparente desvío,
Que algunas veces la muestra,

Habr  engendrado en su pecho
La glacial indiferencia!
  si un mal fiero, atrevido
Más que su pasión extrema,
Habr  tocado su frente
Y en el lecho estará enferma!
  si la muerte impasible
En su vida habr  hecho presa,
Y mientras él duda, loco,
Ella en el cielo lo espera!
Mas una sombra indecisa
Se acerca muda   la reja.
  Ya el sol disipa sus dudas!
  Afuera el pesar!   Es ella!
— Aurora de mi ventura,
De mis ojos hechicera,
Dulce imán del alma mía,
Cielo de dichas supremas;
En la noche de mis duelos
Ven, hermosa, y alborea;
Dame   beber los hechizos
De tus miradas serenas.
En las borrascas del alma,
Norte mío, no te pierdas;
Angel de este paraíso,
Abre   guarda t  sus puertas.—
Del fiero volcán hirviente

Que en sus entrañas se encierra,
Roto el cráter por el fuego,
Así Don Pedro se expresa,
Mientras vehemente aprisiona
Entre las suyas de atleta
Blanca mano, que un billete
Perfumado le presenta.
—Soltad, soltad, atrevido,
Y cuidado que soy doncella;—
Con voz chillona y cascada
Dijo la dama encubierta.—
Y dejando aquella mano
Como quien víboras suelta,
Furioso bramó Don Pedro:
—¡Ira de Dios! Es la dueña.—

IV

EL MENDIGO

Apretando entre sus dedos
El billete misterioso
Y hundiendo el rostro iracundo
De la capa en el embozo,
Como quien se siente herido

Y busca remedio pronto,
Alejóse de la reja,
De ver la carta ganoso.
Y cruzando de las calles
Aquel laberinto lóbrego,
De improviso el tibio rayo
De una luz le hirió en el rostro.
Era la luz de una lámpara,
Que de una ermita en el fondo
Ardía, y su llama tenue
Medio alumbraba el contorno.
Quedóse Don Pedro inmóvil,
En la luz fijos los ojos,
Con una idea luchando
O atrevido ó receloso.
Por fin llegóse á la puerta
De la ermita, miró y sólo
Vió á la entrada murmurando
A un viejo menesteroso.
Entróse, fijó en el suelo,
Ante un Cristo muy devoto
La rodilla, y á la luz
Esta carta leyó ansioso:

— “ Don Pedro, creo en tu amor,
Mas tengo á tus ansias miedo;
Y á escudar voy mi pudor,

En lucha con el dolor,
Ya que contra tí no puedo.

—

Hasta que torne de Orán
Mi padre, la reja sola
Tus ojos encontrarán,
Mientras mi amoroso afán
Por nuestra dicha se inmola.

—

Quiero darte el corazón,
Si llego á ser tu velada,
Puro, sin que la ilusión
Recuerde con aflicción
Ni una caricia vedada.

—

Con una blanca azucena
Mi pudor puse en resguardo
Ante el Dios que el mal enfrena;
Mas sé que no he ser buena,
Si yo también no me guardo.

—

En vano de tu hidalguía
El noble respeto invoco.
— Que estás loco — es tu manía;
Loco estás, y no se fía
Mi honor de hablar con un loco.

Ya luengas noches agravios
Intentó tu amor vehemente,
Que trae de otro amor resabios,
Y tus suspirantes labios
Sentí cerca de mi frente.

Espera, pues; yo te juro
Que cuando torne de Orán
Mi padre, soy de seguro
Tu velada, y mi amor puro
Premiará tu noble afán.

En tanto, cual la azucena
Que puse al pie de la cruz
Del Dios que los cielos llena,
Vivirá á tu vista ajena
Sólo para Dios tu

Luz. »



— ¡Maldición! — rugió Don Pedro
La carta arrugando torvo;
Y en este punto el mendigo,
Plañidero y clamoroso,
Con voz apaga y lenta
Suplicaba de este modo:
— Caballero, caballero,
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arrojo;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y os ve devoto,
Y la cruz de vuestra espada,
Dad á este pobre socorro. —
Y Don Pedro enfurecido
Al viejo responde fosco:
— Que os ampare Dios, hermano.
— Que Dios nos ampare á todos, —
Contesta el pobre; y Don Pedro
Hacia el Cristo alzó los ojos,
Y apaciguóse su ira
Al ver de Jesús el rostro.
La fiebre que arde en las venas
De Avendaño, en ritmo insólito
Le agita el pulso y da vida
De aquel Cristo á los contornos.
Jesús muere por los hombres;

La luz que acaba en sus ojos,
Para dar vida se escapa
Al mundo yerto y hediondo.
Signos de muerte cercana
Aparecen en su rostro,
Y da señales de vida
La humanidad en retorno.
Pugna por dejar el alma
Del cuerpo los lazos rotos,
Y se rompe la cadena
Con que al hombre ató el demonio.
— ¡Señor! — murmura Don Pedro —
Mi Luz y tu gloria imploro. —
Y le responde el mendigo
Plañidero y clamoroso:
— *Caballero, caballero,*
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arroyo;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y os ve devoto,
Y la cruz de vuestra espada,
Dad á este pobre socorro.—
Y Don Pedro, conmovido,
Dice al viejo sin enojo:
—Aguardad;—y el pobre reza:
—Que Dios nos aguarde á todos.—

Miró Avendaño al altar,
Y en jarrón artificioso,
Que el escudo de Valbuena
Ostenta de azul y oro,
Seca, sin frescor ni aroma,
Perdido el color hermoso,
Vió una azucena, y el alma
Herida sintió el encono
De los celos, que levantan
Mil pensamientos recónditos.
La azucena es una imagen
De un amor caído y roto.....
Tal vez Doña Luz le engaña
Y da su cariño á otro.
Olas de su pensamiento
Irritado y tenebroso
En su corazón altivo
Se estrellan con fuerte enojo:
Doña Luz tiene otro amante;
Ya el sol no le alumbra el rostro;
Sus puertas le cierra el cielo;
Su ángel es un demonio;
Virtud le vuelve la espalda;
Y los vicios, como lobos
Que sin pastor ven la grey,
Brincan llenos de alborozo.
Y el pobre viejo mendigo,

Que mira á Avendaño loco,
Con los ojos chispeantes
Y el fiero semblante fosco,
Sin que el miedo le contenga
Y hablando sin saber cómo,
Repite su cantinela,
Plañidero y clamoroso:
— *Caballero, caballero,
El de la espuela de oro,
El de apuesto continente,
El de más temido arrojó;
Por la Cruz de Jesucristo,
Que os mira y no os ve devoto,
Y la cruz de vuestra espada,
Dad á este pobre socorro. —*
Y Don Pedro, respondiendo
A un pensamiento recóndito
Que bulle dentro su alma,
Le dice al menesteroso:
— *Si esta azucena recobra
Su color y aroma propios,
Vive Dios, que la limosna
Será un bolsillo de oro. —*
Entonces cuenta la fama
Que reverdeció de pronto
Aquella azucena seca,
Dando á sus hechizos cobro,

Y que su aroma suave
Se esparció por el contorno
Como una nube de incienso,
Dejando el sentido absorto.
Y que temblando Avendaño,
Y el viejo mendigo atónito,
Con el llanto en las mejillas,
Cambiado el color del rostro
Y no pudiendo en sus almas
Contener todo el asombro,
Pregonando aquel prodigio
Gritaban como unos locos.

V

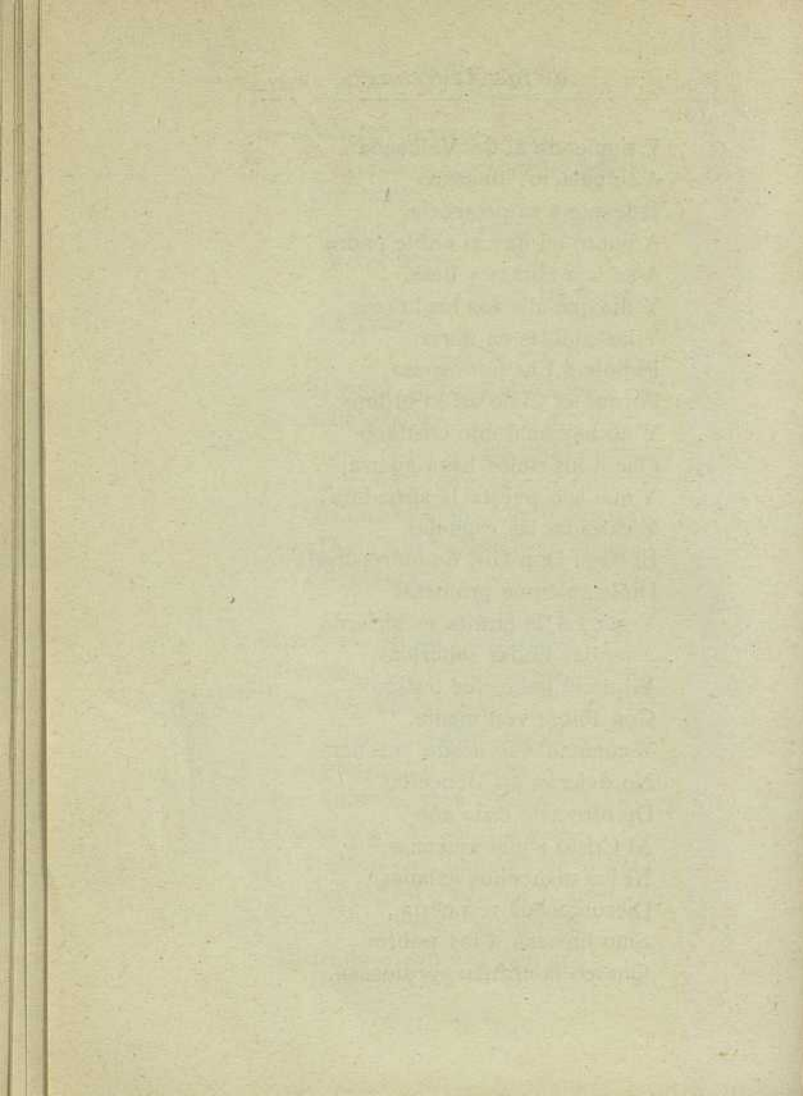
EPÍLOGO

Pobláronse las ventanas
De desgreñadas cabezas,
De mil preguntas el aire,
Que tornaba las respuestas;
Y sin encender las luces
Y vistiéndose de priesa,
Revueltos dueños y mozos,
Y aun vergonzosas doncellas,

Llenaron pronto la calle;
Y, como avenida inmensa,
Corrieron hacia la ermita
Ansiosos de ver la nueva.
Con la vista del prodigio
Creció viva la sorpresa;
Y á manera de tumulto,
Entre gritos y protestas,
Desfigurada y confusa
Cundió la noticia aquella
Por Granada, de aquel barrio
Rodando de cuesta en cuesta.
Y cuando más el desorden
Se enmaraña, se acrecienta,
Se arremolina, se embrolla,
Se desfigura y se enreda,
Metidos en los arneses,
Enristrando lanzas fieras
Y arrollando ante su paso
La gente que corre incierta
Hacia la ermita, cobarde,
Donde se apiña y codea,
Cien jinetes demandaban
De aquella algazara cuenta.
— Jesús ha obrado un prodigio.
— ¿Con quién?
— Con una azucena.

- Con una dama.
 — Igual monta,
 — Con la flor.
 — Con la doncella.
 — Con un viejo.
 — Con un mozo.
 — Era pobre.
 — Rico era.
 — Ni viejo, ni rico: es dama.
 — Y de rango.
 — Esa es la cierta.
 — La dama ¿cómo se nombra?
 — Diz que es Doña Luz Valbuena.
 — ¿Doña Luz? ¿Dónde se oculta?
 — En su casa.
 — ¡A la carrera! —
 Gritó el que así preguntaba,
 Hundiendo al bruto la espuela
 Y revolviéndose altivo
 En la muchedumbre espesa.
 Cumplieron los escuderos
 Sus órdenes, y en reserva
 Decía la gente abriéndose:
 — Es Don Gil, que está de vuelta.
 — ¡Su padre! ¡Dios me lo envía! —
 Gritó Avendaño, una brecha
 Abriéndose entre el gentío;

Y siguiendo al de Valbuena
A su palacio, llegóse
Jadeante á su presencia,
A punto en que el noble padre
A su hija abraza y besa.
Y diz que alzados los brazos
Y las rodillas en tierra,
Pidióle á Luz por esposa,
Porque el Cielo así lo ordena,
Y no hay un noble cristiano
Que á los cielos haga guerra;
Y que aún puesta la armadura
Y calzadas las espuelas,
El buen Don Gil, de entregársela
Dióle solemne promesa.
Y que en la ermita se hicieron
Aquellas bodas soberbias,
Y que el pobre fué testigo
Con lujosa vestimenta.
Y cuentan que desde entonces
No dejaron las doncellas
De ofrecerle cada año
Al Cristo aquel azucenas;
Ni los mancebos galanes
Dieron aceda respuesta,
Sino limosna á los pobres
Que en la ermita pordiosean.





LAS ALAS DEL GENIO

LEYENDA

I

*¡ Oh ya seguro puerto
De mi tan luengo error ! ¡ Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado
Reposo dulce, alegre, reposado !*

*Techo pajizo adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se asconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo.*

*Sierra, que vas al cielo
Altísima y que gozas del sosiego
Que no conoce el vuelo
A donde el vulgo ciego
Ama el morir, ardiendo en vivo fuego.*

*Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme, que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no conocido;*

*Y do está más sereno
El aire me coloca, mientras curo
Los daños del veneno,
Que bebí mal seguro,
Mientras el mancillado pecho apuro.*

.....
.....
Así del mes de Noviembre
En noche ventosa y lóbrega,
Mientras el suelo alfombraban
Los árboles con sus hojas,
Lefa en su celda estrecha
Con voz apagada y sorda
Un fiel novicio agustino

De Salamanca la docta.
Lefa y el ritmo lánguido
De otras canciones eróticas,
Que surgían de su mente,
Echaba de su memoria.
Sostiene con amhas manos
La triste frente y apoya
Los codos en mesa humilde
Cual si de labriego, tosca,
Y de la negra cogulla
Se destaca melancólica
La faz taciturna y pálida,
Pensativa y soñadora.
El pecho crea suspiros,
Que no salen por su boca,
Y el corazón mueve lágrimas,
Que por sus ojos no asoman.
Llanto y suspiros combaten,
Como de la mar las olas,
Y el alma náufraga mira
Del cielo las dulces costas.
Bate las alas aéreas
La mente briosa y loca,
Por salirse del convento,
Sin miedo á la noche torva.
Y el novicio la sujeta
Y su vuelo raudo acorta,

Bañada en sudor la frente,
Convulsa el alma medrosa.
Y en la lucha, sin quererlo,
A intervalos se transporta
De rica ciudad lejana
A las calles tortuosas.
Y ora se encuentra el novicio
Del templo en las anchas bóvedas,
Donde se escucha del coro
La penitente salmodia;
Ora en dorado palacio,
Cubierto el suelo de alfombras,
Donde vibran de la fiesta
Las acompasadas notas;
Ora á un confesor oyendo,
Cuya absolución implora,
Oye al pie de una ventana
Cantando sentidas trovas.
Y ve la faz del prior,
Severa, humilde y devota,
Y las miradas ardientes
De una mujer que enamora;
Y los hábitos modestos
De los frailes, y las tocas
Y las galas de las damas,
Y rosarios y tizonas.
Todo en raudos torbellinos

Bulle, pasa, vase, torna,
Como hueste amotinada
Que del caudillo se mofa.
Por fin potente y enérgico
La voluntad, que es señora,
Ordena los pensamientos
De la mente bulliciosa;
Que nadie en la lucha ruda
Que con el mundo se afronta
Es batido por mayores
Fuerzas que la suya propia.
Venció, pues, el agustino
De aquella pasión las olas,
Y al par rindióle el cansancio
Y tomarle el sueño logra.
Cual hija, entonces, liviana,
Que á su madre atisba y ronda
Y, al verla dormida, vase
Con el doncel, que le adora;
La imaginación, sintiendo
Sueltas las alas briosas
Por el sueño del novicio,
Salióse de casa loca.
Y mientras de la fatiga
Rendido el joven reposa,
La mente sueña á sus anchas
Esta romántica historia.

II

Corre el año mil quinientos
Cuarenta y dos en Granada:
El César manda en el mundo
Y tiene el trono en España.
Granada mitad es mora,
La otra mitad castellana;
Y á vueltas de las esquinas
Hay encuentros y estocadas .
Entre los nobles donceles
É hidalgos de espada larga,
Que á caza van de aventuras
A veces encarnizadas;
Y rondan en calle estrecha
Ajimeces y ventanas,
Y requieren los estoques
Después de la serenata;
Y dan billetes sentidos,
Porque le muestre la cara
A la gentil encubierta,
Que por doquier los arrastra;
Y empellones á las dueñas
Al torcer la encrucijada,

Y á la moza *corre y dile*
Un maravedí de plata,
Hay uno que lleva al cinto
Sólo ha tres meses la espada
(Razón por que se supone
Que ya le apunta la barba):
Y no se mezcla en las riñas,
Ni sigue al templo á las damas,
Ni ronda la calle obscura,
Ni á las dueñas tiene rabia;
Ni, aunque son suyas las trovas
Más sentidas, va á cantarlas;
Ni sube nunca á las cejas
El embozo de su capa;
Ni penetra en el palacio,
Donde primero sus cántigas
Entraron, las ricas puertas
Poniéndole al punto francas.
Apuesto, bizarro, noble,
Ni es quijote, ni hace trampas,
Y aunque es de juicio sesudo
No es sentenciosa su habla.
Tiene el alma de paloma,
La imaginación es águila,
Es su corazón de fuego
Y centellas sus miradas.
Es galante sin requiebro

Ni alambicadas palabras,
Sin descompuestas medidas
Ni soñadas esperanzas.
Y este corazón gigante,
Que pone á los vicios valla
Y sus pasiones enfrena,
Es cautivo de una dama.
Cautivo en negras prisiones,
Donde ríe, llora y canta,
Sin que al suelo nunca lleguen
Sus candidísimas alas.
No hay castellana leyenda,
Ni tradición en la Alhambra,
Ni en el Albaicín hay cuento
Ni conseja en Bibarrambra,
De la que no se destaque
Aérea, intangible y plácida
La alba figura de Estrella,
Que sonriendo le halaga.
Y no hay arroyo en la vega,
Ni pájaro en la enramada,
Que no la finja en sus ecos
La voz que ciega idolatra.
Ama á Estrella como al valle
El torrente de ondas bravas,
Que cuando á sus flores llegan
Se tornan dulces y mansas.

La quiere como á la noche
Ama el capullo, que guarda
Las gotas de su rocío
Que traen esencia á sus galas.
La quiere como á los ojos
Quieren sin duda las lágrimas,
Que son penas que se endulzan
Cuando de los ojos manan.
Y Estrella de este amor puro
Ve la inextinguible llama,
Y la alienta, de desdenes
Echando en la hoguera zarzas.
Más que al doncel quiere Estrella
Del bardo apuesto la fama,
Y porque á su nombre cante
Con fuego la incendia el alma.
Estrella quiere á un Don Nuño
Que espuela dorada calza
Y que marchó para Flandes
Al frente de su mesnada;
Y aunque él le lleva seis lustros,
Ama el lustre de sus armas
Y sueña con la nobleza
De su remota prosapia.
Y ocultando estos amores,
Su vuelta anhelante aguarda,
Mientras arrulla su orgullo

El poeta á quien engaña,
Mal le llamaron Estrella;
Más le cuadra luna blanca,
Por la beldad de su rostro
Y los giros con que anda.
Luna es que del sol recibe
La luz que brillante irradia,
Que es el amor que en sus cánticos
El claro doncel le manda;
Y ella gira al rededor
De la tierra que se apaga,
Que es Don Nuño, que luz sólo
Ve en el blasón de su casa.

III

Es de noche: pardas sombras,
Como el delirio confusas,
Vinieron sobre Granada,
Cual vampiros á una tumba.
Rodaron de su alta sierra
Siniestras, frías y húmedas,
Dejando del Mulhacén
La alba cabeza desnuda.

Aún no rondan esparcidas
Por la ciudad las patrullas
Curtidas á cintarazos
Por su vigilancia suma;
Y un galán, como otra sombra
Más negra, las calles cruza
Agitando del sombrero
La blanca y rizada pluma.
Por los pliegues de su embozo,
Que las cejas no le oculta,
Y el estoque que se esconde
Todo en la capa de púrpura,
Se barrunta que es bisoño
Y que á rondar no acostumbra
Por vicio las rejas donde
Aguardan las hermosuras.
Es nuestro doncel que lleva
En el alma taciturna
Alas de vivos deseos,
Que sus pasos apresuran.
Quince días son pasados
Desde que vió la vez última
A Estrella, y al corazón
Ataraza negra angustia.
Quince días que á Granada
Dejó por seguir la ruta
De un negocio, que á su padre



Mucho importa se concluya;
Y quince días contados,
Como el marino entre bruma
Y rudo oleaje cuenta
Los que á la alta luna fúlgida
Faltan para iluminar
Del pueblo la casa rústica,
Donde impacientes esperan
Verlo llegar con la luna.
El alma lleva en los ojos,
En el pecho brama ruda
Tormenta de afán, y vuela
De puerto apacible en busca.
Y las calles tortuosas
Solás, medrosas y obscuras,
Laberinto le parecen
Del que no va á salir nunca.
Por fin, como todo llega
Y la esperanza se nubla
Con la triste realidad
Ó con la alegre fortuna;
Llegó el mancebo á una calle
Que el Darro sonante arrulla,
Donde en un cielo de amores
Su blanca estrella fulgura.
Miró bien, porque el dudoso
De la dicha siempre duda,

La fachada de la casa
Entre la incierta penumbra;
Y al buscar la hermosa reja
En donde Estrella se escuda,
Sintió vacilar el suelo
Bajo su planta insegura.
Pegado bien á sus hierros,
Que en forma de aspas se cruzan,
Está un galán, tan amante,
Que de quien pasa no cura.
Su vida le está robando,
Y en su amor ciego lo juzga
Satanás, que de los cielos
Ronda las puertas augustas.
Llevóse anhelante mano
Al rostro, por ver si nublan
Sombras de sueños sus ojos
Ó celos negros los turban.
Y tornó á ver al galán
Cual ladrón de su fortuna;
Y quiso hablar, y de cólera
Las palabras se le anudan.
Corrió á la reja y vió á Estrella
Trémula, hermosa y confusa,
Dejando estrechar las manos
A Don Nuño entre las suyas.
Rugió cual león herido

Con fiera rabia iracunda;
Hízose atrás y la espada
Brilló en el aire desnuda.

— ¡Malhayas, mujer artera! —

Dijo con tremenda furia

— ¡Así el alma me destrozas

Y así me engañas, perjura! —

Del volcán donde fluctúa

La sangre subió á sien^{es},

Y él cayó en la tierra dura.

IV

Despertóse el agustino
En este punto del sueño,
Hondo suspiro arrancando
De lo profundo del pecho.
Miró la celda con gozo,
Como quien en cautiverio
Sufre triste luengos años
Y en su patria se halla luego.
Y hablando consigo á solas,
Cual si dijera un secreto
A un amigo, así exclamaba

- Galambertis a B. Linares

Con melancólico acento:
— ¡Oh imaginación! ¡Oh loca!
Yo quemaré tus recuerdos
Y te arrancaré las plumas,
Para que rindas el vuelo.
Sólo del mundo me restan
Mis pobres queridos versos,
Queridos, porque son hijos
De mi propio pensamiento.
Versos, lágrimas de amores
Y de mezquinos deseos,
Mal hayáis, pues no os vertí
Por la esperanza del cielo.
Notas del laúd sonoro
Con sangre escritas; conceptos
Que de su faz de sirena
Fuísteis siempre compañeros;
Misteriosas armonías,
Que regalasteis sus sueños;
Gritos del alma cautiva
Entre sus mallas de acero;
Alboradas de los valles;
Crepúsculos pintorescos
De la tarde, que á mis males
A veces dísteis remedio.
Versos, hijos concebidos
Entre el dulce devaneo

De un amor terrestre y loco
Que nació en mal hora ciego;
Versos que repite el alma
Sin tomar consentimiento
Entre las rudas vigalias
Y los tenaces ensueños;
Pues que el alma me abrasáis
Con vuestro perenne fuego,
Primero que la llaguéis,
Con mano sañuda os quemo.
Os quemo, porque á Dios plazca
Prender en mi pecho incendio
De amor sagrado, que torne
Pavesas vuestros recuerdos. —
Y así hablando, formó pira
Con las hojas de aquel tiempo
De loco engaño, y la luz
Acercó á la pira trémulo.
Prendió la llama, y dos lágrimas
Asomaron en silencio
A sus ojos; mas tragóselas,
Teniendo de verlas miedo.
Y cayendo de rodillas
Con extraño sentimiento
Ante un Cristo, que lo mira
Los brazos teniendo abiertos,
— ¡Señor, le dijo, perdón!

Agora soy todo vuestro;
Disponed á vuestro arbitrio
De vuestro criado y siervo. —
Entonces, iluminando
El humo de aquellos versos,
Que lo envuelve en nube densa
Como en sombras de misterios,
Es fama que de los ojos
De aquel Cristo brotó fuego,
En cuya lumbre divina
Sintió inflamársele el pecho
El novicio y otras alas,
Que en su mente le nacieron,
Con las que el alma briosa
Tendió serena su vuelo,
Como la alondra sonora
Que deja el valle ruiсеño
Y se remonta cantando
Hasta perderse en el cielo.

V

Y pasaron luengos años,
Y del poeta la voz
Escuchóse en todo el mundo,

Con dicha del corazón.
Levantóse de la tumba
De Augusto el noble cantor,
Oyólo y la ebúrnea lira
De los sáficos rompió.
Sacó el Tajo á la ribera
El pecho, oyendo su són,
Y le habló de profecías,
Parando el curso veloz.
La fuente, que el campo riega,
Donde el tranquilo pastor
Pasa sin penas la vida,
Sus canciones aprendió;
Las virtudes se vistieron
Como con rayos del sol,
De su egregia poesía
Con el intenso fulgor;
Y el Olivete la frente
Su canto escuchando alzó,
Como si viera elevarse
Por el aire al Salvador:
Que aquel novicio agustino
A quien alas formó Dios
De cenizas, como el fénix,
Era Fray Luis de León.



